

Al Reverendo P. Damiano María La Rosa, Provincial de la Orden de los Mínimos de la Provincia S. María della Stella

El VI Centenario del nacimiento del venerado Fundador de los Mínimos San Francisco de Paula (1416-1507) coincide, por singular designio providencial, con el Año Santo de la Misericordia, con el cual he querido ofrecer a la Iglesia y al mundo la posibilidad de “contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación” (*Misericordiae Vultus*, n. 2). ¡Por la contemplación todo creyente puede fortalecer su propio testimonio de un actuar misericordioso! El ermitaño humilde y penitente ha contemplado la misericordia divina, convirtiéndose en faro de Caridad para sus contemporáneos. Su infatigable actividad apostólica lo condujo a extinguir odios, egoísmos y corrupción en aquel siglo, llamando a los cristianos del sur de Italia primero, después de Francia, a practicar en la vida el evangelio de la Misericordia. Ésta es “la vía que une Dios y hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado” (ídem).

San Francisco de Paula con espíritu profético no tuvo reparo ni atadura alguna que le impidiese invitar a los soberanos y nobles del tiempo al buen gobierno, a fin de que los pobres fuesen tutelados y defendidos de abusos y vejaciones. El mismo rey de Nápoles, Ferrante de Aragón, fue por él ásperamente reprendido por su desgobierno, exhortándolo a desistir de las guerras y promover la paz. El rey trató de corromperlo ofreciéndole una conspicua suma de dinero. Él, oponiéndose con resuelta firmeza, partió una de aquellas monedas de plata, de la cual repentinamente brotaron gotas de sangre. El Santo indicó con aquel signo prodigioso el malestar y los sufrimientos de los súbditos. El recuerdo de este episodio muestra cómo, inflamado por el Amor de Dios, el corazón de Francisco estuvo siempre cercano a los más pobres y necesitados, denunciando, a la luz del Evangelio, toda forma de injusticia. La virtud de su Caridad se afianzaba sólidamente en la oración y en la humildad. Así, al Papa Sixto IV, que le proponía la ordenación sacerdotal, Francisco le pidió solamente la facultad de poder bendecir algunos rosarios. El rey de Francia, Luis XI, requirió al Papa la presencia de Francisco en París para recuperarse de un mal incurable. Al anciano contemplador de Dios nada le parecía imposible: además de con una palabra dulce y penetrante, el Señor lo había enriquecido con el don de obrar milagros. Pero el humilde ermitaño predicó la penitencia y dispuso al rey para saber bien morir, haciéndole aceptar el sufrimiento como purificación y camino de santidad.

No se comprendería la existencia del humilde ermitaño calabrés sin la contemplación de la misericordia divina. La acción del Espíritu Santo en él manifiesta cómo la dulce fuerza de la Caridad transforma tanto el corazón de los hombres como la multitud de realidades terrenas para que toda actividad humana pueda ser renovada por el Evangelio. San Francisco dijo un día: “Todo es posible para quien ama y sirve a Dios con sinceridad de corazón. Todas las criaturas se vuelven dóciles al querer de quien cuida fielmente de cumplir la voluntad del Creador”. Para combatir el espíritu de mundanidad de aquel tiempo, que representa una tentación siempre actual

en todas las instituciones, incluida la Iglesia, San Francisco se obligó a vivir una “continua Cuaresma de penitencia y abstinencia”, invitando a sus frailes a una vida austera y áspera. Su espiritualidad se basó en la del seráfico San Francisco de Asís: espíritu de humildad y de pobreza, amor a Dios y a las criaturas, ilimitada caridad hacia el prójimo, profundo espíritu de oración y de contemplación, amor sincero y profundo al Crucifijo, a la Eucaristía y a la Virgen Santa. A través del binomio inseparable de vida de oración y caridad, contribuyó no poco a la reforma de la vida eclesiástica y civil. Su existencia terrena terminó el 2 de abril de 1507, que coincidió aquel año con el Viernes Santo, mientras se leía en la iglesia la Pasión según San Juan. Asimilado al divino Redentor, tenía que unirse a Él en el ofrecimiento supremo para que la misericordia eterna fluyese abundante sobre toda la humanidad.

Con ocasión del VI centenario del nacimiento del Santo Fundador espero que su luminoso testimonio sea para la Orden de los Mínimos y para sus devotos un particular tiempo de gracia para renovar la fidelidad y el carisma propio de tan benemérita familia religiosa, en la entrega gozosa de sí mismos a Dios y a los hermanos. Exhorto, por ello, a todos los frailes Mínimos de la Provincia religiosa de S. María della Stella y a los devotos del Santo a vivir, en el espíritu de la Orden, la opción por los pobres. Como he afirmado en la exhortación apostólica “*Evangelii gaudium*”, la opción por los pobres es una categoría antes teológica que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su primera misericordia” (n. 198). No se trata únicamente de activar diversas iniciativas a favor de los pobres, en el espíritu de las obras de misericordia espirituales o corporales, sino antes que nada de vivir permanentemente la atención dirigida al otro para empezar a amar de modo auténtico y acompañar a los pobres interesándose en su camino de promoción y liberación. Acogiendo las heridas de los pobres se pueden reconocer los rasgos del rostro de Dios. La búsqueda de su Rostro pasa siempre por los rostros de los hermanos. No es un Dios anónimo, sino el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Es el Dios que se ha vinculado para siempre a la historia humana. Sale al encuentro para otorgar ternura y paz a los corazones. Durante el tiempo de Cuaresma, en las celebraciones de las fiestas de San Francisco de Paula y de los varios aniversarios de los Santuarios que tiene dedicados, la vida penitencial del Santo sea una llamada a convertir el corazón, extirpando aquel espíritu de mundanidad que oscurece el alma y nos hace indiferentes a nuestros semejantes.

Reconociéndose necesitados de perdón, se redescubrirá el gozo de la fecundidad de la misericordia para dar consuelo a todo hombre y mujer de nuestro tiempo. Animo, por tanto, a vivir este vuestro especial año jubilar en la novedad evangélica del ofrecimiento de perdón. El Señor Jesús no proclama un llamamiento genérico al perdón; lo suyo no es un simple anuncio, sino que en Él el perdón se hace acogida. Él manifiesta la gloria de Dios no en la separación ni en la división, sino en la benevolencia de un Dios que no teme entrar en la frágil historia humana para transformarla en historia de salvación. No os canséis de recurrir a la divina Misericordia, especialmente mediante la participación en los Sacramentos y la escucha orante de la Palabra de Dios, de modo que el actuar de la comunidad se vuelva más misericordioso.

Confío el camino jubilar a la intercesión de la Virgen María, Reina de la Orden de los Mínimos, de San Francisco de Paula y de todos vuestros Santos y Beatos, para que podáis vivir el gozo de “ser en el mundo signo vivo del amor del Padre” (*Misericordiae Vultus*, n.4). Con estos deseos, mientras les aseguro mi cercanía y la Bendición del Señor a usted, a sus hermanos de religión y a cuantos encuentren en su cotidiano apostolado, les ruego, por favor, que recen por mí.

Vaticano, 13 de diciembre de 2015

Francisco